



Madrid 16 de Enero de 1862.

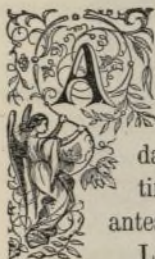
SUMARIO. ARTICULOS.—Mundo.—Universo, por don Juan Cuesta.—Las ilusiones (poesía), por don Pedro de Vera.—Ciento por uno, por doña Angela Grassi.—Historia de España: Don Pelayo, por don A. Pirala.—Los Niños cristianos, por don José S. Biedma.

GRABADOS. El cepillo de los pobres.—Don Pelayo.—Vista de Covadonga.

LICEO DE LOS NIÑOS.

I.

MUNDO.—UNIVERSO.



UNQUE las palabras *Mundo*. y *Universo* suelen usarse indistintamente para significar el conjunto de todas las cosas creadas, son sin embargo bastante distintas para que dejemos de fijarlas antes de entrar en sus esplicaciones.

La palabra *Mundo* significa el globo que habitamos; esto es, el aire con todas

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

las aves que le cruzan, la tierra con todos los animales y plantas que la cubren, los mares con todos los peces y vegetaciones que revisten su fondo, y hasta lo que se oculta en las mas hondas profundidades del abismo. Pero la palabra *Universo* es mucho mas estensa, pues no solo abraza el *Mundo*, sino que comprende lo que está ya fuera de nuestro globo, como el sol, la luna, las estrellas, y todo lo que constituye la creacion entera.

De lo dicho se infiere que el *Mundo* por grande que nos parezca, no es mas que una muy pequeña parte del *Universo*. Cualquiera de esas diminutas estrellas que vemos en el cielo le aventaja en volúmen; cualquiera de ellas podría absorberle como absorbe la esponja una



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Núm. 2.^o

gota de agua, ó como una bola de nieve al rodar por el suelo recoge los granos de arena que se adhieren á su superficie.

Siendo esto cierto y evidente, como tendremos ocasion de probarlo en nuestras lecciones; considerando ahora el número infinito de estrellas y luceros que cubren el firmamento; teniendo en cuenta que las que nosotros vemos, solo son una pequeña parte de las que existen, pues ni nuestra vista alcanza á descubreirlas todas, ni la luz del sol nos permite ver las que revisten el cielo lo mismo de día que de noche; comprenderemos la enorme diferencia que media entre mundo y universo, y no nos será posible confundir estas dos palabras, como no podremos confundir nuestra casa con las casas que componen el barrio, ni con esa multitud de pueblos, provincias y naciones en cuya comparación son nada nuestras pequeñas habitaciones.

Para nosotros es un mundo lleno de objetos nuestra miserable vivienda; cada familia representa un reino; cada habitación una provincia; los animales domésticos, como el caballo, el perro y el canario, representan las especies, y las macetas de flores los campos y las plantas. Pero este pequeño mundo es un átomo en comparación de esas ciudades, de esos campos y de esas naciones que llenan el globo; como éste es también otro átomo entre la multitud de estrellas y globos inmensamente mayores que en infinito número cubren el espacio, y bajo el nombre de Universo constituyen la creación.

Comprender el orden admirable de este Universo, estudiar el maravilloso mecanismo con que se mueven los astros, averiguar la causa de todos esos fenómenos naturales que confunden al ignorante y asombran al sábio; descender después al exámen de los que acontecen en este mundo que habitamos, y cuyo estudio podremos hacer mas cómodamente, pues que tenemos mas cerca de nosotros el gran libro que la naturaleza nos ofrece en cada animal, en cada planta, y hasta en cada piedra, será la ocupacion mas noble que pudiéramos dar á la inteligencia, y el mas segu-

ro camino para empezar á conocer la inmensa bondad, la incomparable sabiduría y el infinito poder del que sacó el Universo de la *nada*, del que le dió forma, luz, calor y movimiento; del que dió raíces á las plantas para que sacáran de la tierra el alimento de los animales; del que dió curso á los rios y formó los peces para que pudieran respirar dentro del agua; del que envolvió la tierra en una atmósfera de aire y dió á las aves alas para cruzarla á su alvedrío; del que formó por último al hombre y le dotó de la inteligencia necesaria para que sin necesidad de otras alas que las de su entendimiento, cultivára la tierra, atravesára los mares, se remontára sobre las nubes y fuese la única criatura privilegiada que pudiese conocerle, y aspirar por su conducta á la dicha de vivir con Él eternamente.

JUAN CUESTA.

LAS ILUSIONES.

Cuando abres los balcones
 Por la mañana, Elisa,
 Su cristal empañado
 Ves con la escarcha fria;
 La opaca superficie
 Á escribir te convida,
 Y tu ligera mano
 Traza al punto una cifra,
 Dibuja flores, aves,
 Ó un capricho improvisa.
 Escribir en el agua
 Eso se llama, niña.
 Apenas el sol claro
 Da al mundo luz y vida,
 Y desde el horizonte
 Sus rayos nos envía,
 La atmósfera se temple,
 El hielo se liquida,
 Y cuanto allí escribiste
 Por grados se disipa.
 Así las ilusiones
 Que el pensamiento abriga,
 Y en los primeros años
 Forjó la fantasía,
 Rápidas se deshacen
 Cual sombras fugitivas
 Conforme avanza el tiempo
 Que en ráudas vueltas gira,

Y el juicio va tomando
 Á la razon por guia,
 Que con su clara antorcha
 Nuestra mente ilumina.

PEDRO DE VERA.

CIENTO POR UNO.

Jaime era el mayor de los cinco hijos de Juan Métrus, honrado ebanista de Alemaër, pequeña ciudad de Holanda.

Una tarde fria y nebulosa de invierno del año 1609, cuando empezaban á caer algunos copos de nieve, un anciano entró en la tienda de Métrus, y le dijo despues de saludarle:

—Juan, ¿quienes permitir que tu hijo mayor me acompañe? Tengo que hacer una diligencia indispensable, y como veo ya muy poco temo resbalar.

Otorgado el permiso, Jaime dejó, aunque de muy mala gana su trabajo, fué á ponerse su chaqueta y sus zapatos de los días de fiesta, y siguió al anciano, que era el dueño de una tienda de vidrio que estaba á muy pocos pasos de distancia, y se llamaba el señor Lamberto.

Como tuvieron que pasar por la calle principal de la ciudad, Jaime se detuvo delante de una tienda de juguetes primorosamente labrados.

—Cuál te gusta? le preguntó el anciano.

—Aquel! dijo el chico señalando un molino de viento.

—Pues toma, repuso su interlocutor poniéndole en la mano una moneda de plata. Ahora no, porque me urge llegar pronto adonde voy, pero á la vuelta lo puedes comprar.

Siguieron andando bastante de prisa, porque los copos de nieve iban siendo mayores y el pavimento estaba cada vez mas resbaladizo.

Por fin llegaron á un gran edificio. Entraron en el patio, que estaba rodeado de árboles, y subieron por una escalinata de mármol.

Jaime, que apenas salía de la tienda, y cuyos únicos paseos se limitaban al campo, quedó asombrado con aquella magnificencia; pero del asombro pasó á la compasion y casi al espanto, al ver que en la primera sala, que era espaciosísima, habia dos hileras de camas, cubiertas con cortinas blancas, al través de las cuales se oian tristes quejidos y lamentos angustiosos.

—Estamos en el hospital, le dijo el anciano sonriendo al ver su asombro. He sabido que uno de mis antiguos dependientes se halla aquí, y vengo á ver si puedo llevármelo á mi casa.

Recorrieron muchas salas iguales á la primera. Jaime tenia el corazon oprimido y respiraba apen-

nas. Aquel concierto de lamentos, aquellas hermanas de la caridad, con sus tocas blancas, que acudian presurosas allí donde los ayes eran mas agudos; aquellos médicos que cruzaban con aire grave de un lado á otro, seguidos de sus practicantes, todo aquel conjunto triste y desgarrador hacia en su alma una impresion nueva y sumamente dolorosa.

Aquí era un infeliz á quien levantaban el vendaje de una herida, allí era un moribundo que rezaba por sus hijos, y por todas partes cuadros de luto, desolacion y espanto.

Por fortuna el señor Lamberto encontró al que buscaba. Era un jóven pálido y estenuado.

El médico opinó que seria peligroso trasladarle á otra parte, y su amo, despues de haberle prodigado mil consuelos, le dió algun dinero y le prometió volver al dia siguiente. Jaime vió con el corazon palpitante las lágrimas de gratitud que bañaban las mejillas del pobre enfermo, y sintió un movimiento de envidia al oir las bendiciones que dirigia á su generoso bienhechor.

Ya salian de aquella triste mansion del sufrimiento humano, cuando en un ángulo de la última sala el señor Lamberto advirtió un cepillo, sobre el cual estaban escritas estas palabras:

Una limosna para los pobres dolientes.

—Toma, dijo al niño dándole una moneda de plata, échala allí.

—Echa también la tuya, le dijo con la voz del alma su buen ángel de la guarda.

Y el niño echó las dos, y al punto sintió un consuelo, una alegría tan inesplicable, tan nueva, tan embriagadora, que su corazon palpitó vivamente y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Cuando volvió al lado del señor Lamberto, éste se sorprendió al verle con las mejillas encendidas y las miradas brillantes.

Salieron á la calle, y Jaime ya no sintió el frio, ni siquiera se apercibió de la lluvia que empezaba á caer en abundancia. Le parecia que se habia abierto el cielo, que el mundo se habia vestido de fiesta, y que él era el monarca mas grande y mas poderoso de la tierra.

Nunca, nunca se habia sentido tan completamente feliz, ni cuando su viejo abuelo le habia regalado un hermoso caballo blanco de madera, ni cuando su severo padre le habia dado el primer beso. Era una felicidad desconocida, divina, inefable, sin mezcla de amargura.

Cuando pasaron por delante de la tienda, el señor Lamberto le preguntó:

—Y el juguete?

El niño bajó la cabeza sin responder: le daba vergüenza confesar su buena acción.

El señor Lamberto creyó que había variado de parecer, y continuó su camino.

Oh! cuán sabrosa fué la cena para Jaime! qué

padre, viéndole trabajar con ardor, pero con ademan preocupado.

—Pienso en los pobrecitos enfermos del hospital, dijo Jaime poniéndose encendido, ¿qué sería de ellos si la caridad pública no los socorriese?



El cepillo de los pobres.

sueños tan hermosos le arrullaron durante aquella noche!

Pero al día siguiente experimentó un deseo inmenso de volver á sentir aquel placer tan vivo y tan suave al mismo tiempo, comparados con el cual le parecieron inspidos los que le proporcionaban sus camaradas y sus infantiles juegos. Por todas partes le perseguía aquel doloroso concierto de lamentos, y sus ojos se llenaban de lágrimas al pensar que nada podía hacer para auxiliar á tantos infelices.

—Muchacho, qué tienes? le preguntó un día su

—Harto pobres somos nosotros!

—Sí; pero tenemos salud, y además es uno tan feliz haciendo bien!

Su padre, aunque un poco brusco, tenía muy buen fondo, y se sonrió con complacencia al oírle hablar así.

—Los tiempos están malos, repuso, vosotros sois cinco y no teneis madre, y la casa sin dueña es casa sin gobierno.

Jaime bajó la cabeza suspirando.

—Oh, si tuviese otra monedita de plata, pensa-

ba, para volver á sentir lo que sentí entonces! Si se la pidiese á mi padre me la daría; pero esto no sería justo, no; mi padre, como él dice muy bien, gana harto poco para sostener á su familia!

Aquella tarde oyó que su hermanita Rosa, que era la mas pequeña, lloraba amargamente.

—Es qué ha dejado caer el espejo y se ha roto! dijo Juana la mayor.

—Calla, hermanita, calla! exclamó Jaime corriendo á abrazarla, yo te daré otro espejo!

Con esta promesa la niña se serenó; pero Jaime había prometido imprudentemente, sin pensar en los medios de cumplir su promesa, y se vió perplejo cuando trató de realizarla.

Esclavo sin embargo de su palabra, y acosado por Rosa, tras largísimas meditaciones para buscar un medio que le sacase del atolladero, se dirigió cabizbajo y ruburoso á la tienda del señor Lamberto.

—¿Qué quieres muchacho? le preguntó éste al verle permanecer indeciso junto al dintel de la puerta.

—Algunos pedazos de vidrio.

—Toma cuanto gustes: eres un niño muy juicioso, y cada dia te quiero mas.

Jaime corrió á su casa provisto de muchos vidrios claros y hermosos, raspó el compuesto de mercurio y estaño que tenia el espejo roto, lo hizo derretir á la lumbre, y se dió tan buena maña, que si no fué un espejo perfecto, hizo á lo menos una cosa que se le parecia.

Luego se necesitaba el marco; pero esta era una empresa mucho mas fácil para él. El marco fué una obra maestra, y escitó la admiracion de su padre y la de todos los vecinos de aquel barrio.

—¡Si en mis ratos perdidos, pensó Jaime orgulloso con su obra, pudiese hacer muchos espejitos y venderlos, volveria á ser tan feliz como lo fui aquel dia!

Al instante puso en ejecucion su plan: durante toda la semana se estuvo levantando al rayar el alba, y el domingo siguiente pudo llevar á un viejo buhonero, que se situaba en la plaza del mercado cuatro primorosos espejitos.

Tan lindos le parecieron que se los compró, encargándole otros y prometiéndole el secreto.

¡Cómo palpitaba el corazon de Jaime estrechando entre sus manos aquel dinero, fruto de su trabajo! Corrió como una exalacion al hospital, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, arrojó su limosna en el cepillo, y con la misma celeridad volvió á su casa.

Si feliz había sido la primera vez, mucho mas contento, mucho mas satisfecho se sentia ahora, que había conquistado aquel sublime placer á costa de mil esfuerzos.

Habíase reservado una pequeña parte de su tesoro, con ella compró materiales para ejercer su pe-

queña industria, y algunas velas de sebo para alumbrarse durante la noche.

En efecto, como dormía en un camaranchon apartado podía robar algunas horas al sueño para dedicarse á su trabajo favorito. Y esto lo hizo con tanto sigilo, y el buhonero, que se llamaba Batrus, le cumplió tan bien la palabra, que nadie receló que aquellos espejitos tan buscados, cuyos marcos estaban tan primorosamente esculpidos, eran obra del pobre niño. Pero lo sabía Dios; pero gozaban de su beneficio los pobres enfermos, á los cuales ningun domingo faltó la tierna y piadosa ofrenda.

Habíanse pasado ya cerca de seis meses, cuando Jaime adquirió una nueva habilidad. Rompióse uno de los vidrios de los anteojos de su padre, y él con su buena maña y los útiles que ya se había procurado, lo reemplazó con otro, pero tan perfectamente, que su padre se puso loco de contento.

Entonces, además de los espejos, tambien hacia anteojos, que el buhonero se encargaba de vender.

Una tarde, que tenia en la mano un vidrio convexo, y en la otra un vidrio cóncavo, quiso la casualidad, ó mas bien su buen ángel de la guarda le inspiró, que pusiese el cóncavo cerca de los ojos, alejando el convexo, que tenia con la otra mano delante del primero. Y ¡oh milagro! vió que el campanario de la iglesia, aunque estaba al revés había tomado tales proporciones y se había acercado tanto á él, que tendió la mano para tocarlo. Pero su mano solo cogió aire, y al separar los dos vidrios vió que el campanario permanecía en la misma forma que siempre y en el mismo sitio.

Renovó varias veces la operacion y obtuvo igual resultado. Entonces imaginó el sujetar estos dos vidrios entre sí por medio de tubos metidos los unos dentro de los otros.

¡Acababa de inventar el telescopio!

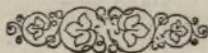
Bien hubiera querido enseñar su estraña invencion á su padre; pero éste era muy severo, y la timidez le detuvo, y además le costaba tanto tener que revelar su secreto!

Tuvo, pues, que esperar al domingo para enseñárselo á su amigo Batrus.

Éste se rió al principio al ver aquel grosero instrumento, cuya aplicacion ignoraba; pero despues que hubo hecho la primera prueba, se pintó en su rostro la admiración y la alegría.

(Se concluirá.)

ANGELA GRASSI.



HISTORIA DE ESPAÑA.

DON PELAYO.

No todo se había perdido en Guadalete al sepultarse en sus aguas el último rey de los godos, porque no perecieron allí todos los españoles.

Pero quedaron vencedores los árabes: se apoderaron fácilmente de casi toda España, no tanto abatida por la anterior derrota como enervada por la ineptitud de sus últimos monarcas, y solo hallaron resistencia en Orihuela, venciendo la que se insinuaba en otras partes presentándose mas como amigos, que como conquistadores.

Había un rincón de España que desdeñaron los invasores, pareciéndoles sin duda demasiado pobre y agreste, y á ese rincón se guarecieron los altivos españoles que no quisieron doblar su cerviz al infiel adorador del Profeta.

El mas ilustre de entre aquellos españoles era D. Pelayo, hijo del duque de Cantabria, y en cuyas venas corría régia sangre. Estos títulos, y su acreditado heroísmo en Guadalete, hicieron se le escogiera por caudillo de aquella pequeña grey, que llena de fé y patriotismo se decidió nada menos que á resistir á los innumerables y afortunados conquistadores de España.

Corre la voz de la resistencia, y se citan para uno de los sitios mas recónditos y mas agrestes de Asturias. En una gigantesca é imponente roca, en la que nace el rio Deva, y que abriga en su empinada eminencia el sorprendente lago de Enol, hay una abertura natural que se llama la Cueva de Covadonga, dando frente á la limitada cuenca por donde corre el rio entre elevados cerros. En este sitio, que aun hoy mismo presenta el aspecto salvaje mas magnífico que puede idear la imaginación, aun á pesar de las obras de ar-

te que se han construido, particularmente en tiempo de Carlos III, se guareció Pelayo con su gente, con la que coronó tambien las alturas inmediatas.

Allí fueron á buscarle los mahometanos, á quienes llegó el ruido de aquella insurrección; allí los esperó Pelayo, y allí les derrotó con la ayuda del cielo, porque se metieron audazmente confiados donde no podían revolverse, y vino además en ayuda de los cristianos una furiosa tormenta que removía peñas y troncos sobre los infieles, de los que perecieron muchísimos.

En premio de esta victoria proclamaron y juraron los asturianos rey á Pelayo, se asentaron los cimientos de la independencia española en aquel primer asilo de la libertad, al que acudían de todas partes nuevos defensores, que no cabiendo ya en tan estrecho recinto, se iban extendiendo por los valles, y roturaban campos, fabricaban casas é iglesias, é iban formando un poderoso núcleo de resistencia.

Pelayo en tanto, aprovechando la paz de que con extrañeza, le dejaban disfrutar los árabes, organizaba su gente militar, á la vez que su pequeño Estado, y se aprestaba á hacer frente á las acometidas de los enemigos; pero no las intentó por sí, conociendo prudentemente que cuanto mejor instruida estuviera su hueste, mayor era la probabilidad del buen éxito, y no aventuró ningún hecho de armas ó al menos no le cuentan las antiguas crónicas; sino que después de 19 años de reinado, murió pacíficamente en Cangas de

Onís el año 737 de nuestra era, sepultándose sus restos mortales en Santa Eulalia de Abamia, á cosa de una legua de Cangas, donde hoy se enseñan los toscos y humildes mausoleos de piedra que los encierran, y los de su mujer Gaudiosa. Fueron trasladados después á Covadonga, que habiendo sido la cuna de la restauración debía guardar las cenizas de su caudillo.

A. PIRALA.



Don Pelayo.

LOS NIÑOS CRISTIANOS.

Dos hermanos, Rodrigo y Fadrique, nacidos y educados ambos en España, se embarcaron para Malta. Su padre había obtenido para el menor la cruz de San Juan de Jerusalem, cuando se hallaba todavía en la cuna, y el ardiente celo del joven le arrastraba insensiblemente hacia aquella isla para servir allí como caballero de la Orden. Fadrique amaba de tal manera á su hermano, que no pudo consentir en

sufrir pérdidas de consideracion, siendo una de ellas la del buque que montaba Rodrigo. Varios de sus compañeros, que se habían escapado por fortuna en una barquilla de manos de los piratas, dijeron que aquel buque había sido tomado despues del degüello de todos los caballeros que le defendían, en cuyo número se hallaba Rodrigo. Fadrique lloró por largo tiempo á su amado hermano. Pero éste no había muerto; vivía para sufrir el mas cruel de los destinos. Apenas notaron los corsarios que daba aun señales de vida el herido caballero, le recogieron, procurando curarle con el mayor cuidado para ponerle en venta en el mercado de esclavos de Argel. Su altivo y enér-



Vista de Covadonga.

separarse de él. Vendió, por lo tanto, sus bienes, reunió todo el dinero que pudo realizar, y acompañó á su hermano á Malta, donde compró grandes posesiones. Contrajo allí matrimonio y tuvo varios hijos, los que le colmaron de felicidad por los piadosos sentimientos que supo inspirarles, quien con su constante laboriosidad llegó á vivir en una especie de paraíso, mientras su hermano pasaba su vida en el mar peleando con los corsarios. Rodrigo al regresar de sus peligrosas aventuras encontraba siempre al lado de Fadrique contento y reposo, y cuando le refería los riesgos corridos, se regocijaba por las victorias obtenidas.

Hacia ya muchos años que vivían así en Malta, cuando la Orden determinó dar un golpe decisivo á los corsarios, que acababan de apoderarse de algunos de sus buques. Rodrigo tomó parte en esta expedición, pero no regresó de ella. Aunque habían obtenido grandes ventajas, los caballeros no dejaron de

gico continente atrajo muchos compradores, deseosos de tener en su poder como esclavo á uno de los afamados caballeros; pero los piratas pedían por él un precio excesivo. Al fin se presentó un joven y noble turco, Cid Muley. Éste examinó los miembros del esclavo como se hace cuando se va á comprar una bestia, y pagó la suma exigida.

—Mucho tienes que trabajar, esclavo, le dijo, para recompensarme la suma que he dado por tí.

No tardó en ejecutar su amenaza. Rodrigo fué puesto á merced de un cruel capataz, sin quedarle en esta situación ni aun la esperanza de llegar á obtener la libertad, pues según las severas leyes de la Orden, ningún caballero podía ser rescatado. Rodrigo procuró, sin embargo, sufrir su destino con ánimo y resignación en la voluntad de la Providencia: pero le faltaron las fuerzas. En su desesperación se arrojó á los piés del orgulloso turco pidiendo la muerte, pero éste se hallaba muy distante de querer deshacerse de

un esclavo tan trabajador, por lo que le hizo su jardinero sacándole del poder del capataz, pues en lo sucesivo debía trabajar á sus inmediatas órdenes. Este celoso mahometano tomó de aquí ocasion para hablar diversas veces con su esclavo, pues miraba como una accion muy meritoria procurar por todos los medios imaginables, hasta por las amenazas y las promesas, su conversion al islamismo. Animábale mas y mas en su empresa el haberlo conseguido de algunos que eran demasiado débiles para llevar con noble entusiasmo el yugo de la esclavitud, y los que renegando de la fé habian, no solo obtenido una miserable libertad, sino amontonado tambien muchas riquezas. Pero no le sucedió así con Rodrigo.

—Soy un caballero cristiano, le contestaba siempre, y permaneceré esclavo hasta la muerte. Me habeis arrancado la cruz del pecho, pero no podeis arrancármela del corazon.

Aunque incomodado por la inflexibilidad de su esclavo, Muley comprendia toda la heroicidad de su comportamiento, y como Rodrigo cumplia con la mayor exactitud todos sus deberes, no dejaba de concederle su aprecio y estimacion. Transcurrieron así algunos años, en los que el noble caballero continuó sufriendo su suerte como hombre y como cristiano.

Hallábase una tarde en un apartado rincon del jardin, regando las flores silenciosas depositarias de su dolor. Cerca de él habia un espeso bosquecillo de higueras, naranjos y moreras, con una linda glorieta, morada favorita de su señor. No sin pesar se acordaba de su patria, de su amado hermano y de sus hijos, que crecerian con mas belleza aun que aquellas flores, cuando de repente oyó hácia la glorieta un grande ruido y gritos de angustia. Atravesó el bosque y corrió hácia aquel lugar, donde vió á Muley tendido en el suelo y sujeto por muchos de sus esclavos, interin un renegado, con la rodilla sobre su pecho, procuraba ahogarle.

—Detenéos, desgraciados! les gritó con terrible acento, mientras con un golpe de azadon derribaba en tierra al renegado. Ningun cristiano debe comprar su libertad con el asesinato y la traicion!

A estas palabras huyeron de allí los asustados y todavia desarmados asesinos. Muley se habia repuesto en tanto. Vió la heroica accion de Rodrigo, escuchó las últimas palabras del renegado, que luchaba aun con la muerte, y adivinó fácilmente lo demás. Se levantó del suelo temblando, y con las palabras:

—Oh magnánimo libertador de mi vida! cayó en el pecho de su esclavo.

Pero éste contestó con frialdad y orgullo á esta muestra de agradecimiento, á esta recompensa.

—En leal batalla, le dijo, te mataria con placer; pero el asesinato y la traicion son armas de que debe defender todo caballero cristiano aun á sus mismos enemigos.

Los nobles y magnánimos sentimientos de Rodrigo conmovieron profundamente á Muley, quien le condujo á su palacio, y mientras juraba una terrible venganza contra los esclavos amotinados, suplicaba con tierna emocion á su libertador que se quedase á su lado, tomase la mitad de sus bienes y se hiciera mahometano. Le enseñó sus inmensas riquezas y sus vastas propiedades, le pintó con los mas vivos colores la vida que podia gozar en su compañía. Pero Rodrigo le contestó con seriedad y dignidad:

—No creo que me apreciases mas, ni tuvieras mas confianza en mí si llenase tus deseos; sírvate de ejemplo ese renegado, convertido en asesino, y á quien creias haber vencido ya, y me parece que comprenderás por el riesgo que ha corrido tu vida, que todo es indiferente al que reniega de lo mas sagrado, de lo único que debe ser venerable para todos los hombres.

Pero como Muley estaba en su presencia avergonzado y triste, jurándole hacer lo que él quisiera, cuando le hubo prometido por el nombre del Profeta cumplir sus promesas, Rodrigo le pidió el perdon y libertad de aquellos infelices esclavos, cuyo suplicio estaba ya decidido. El turco guardó un instante de silencio, pero habia jurado por el nombre del Profeta, y tampoco queria ceder en magnanimidad á su esclavo, por lo que le contestó:

—Pues bien, te regalo la vida de esos desgraciados: tú mismo no debes continuar siendo mi esclavo. Lo que tu orgullo se niega á pedirme te lo concederé voluntariamente; la libertad. Escoge lo que mas te agrade de mis tesoros, vuelve á tu patria, y no olvides al reconocido Cid Muley.

Rodrigo aceptó con alegria el presente de su libertad, y despreciando las demas ofertas, se llevó solo su vestido de esclavo, como recuerdo de aquella triste época, y se embarcó para Malta en compañía de ocho esclavos que acababan por él de obtener su libertad.

(Se concluirá.)

JOSE S. BIEDMA.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.